

SANTOS INOCENTES (28 de diciembre)

Con la escueta noticia de la matanza de unos niños recién nacidos de la región de Belén, el lector del evangelio de Mateo se sitúa ante un episodio breve en extensión y escaso en información. Por una parte, sólo ocupa tres versículos (Mt 2,16-18), por otra, sólo tenemos noticia del trágico episodio por este evangelista, sin que nos dé referencias directas o indirectas ningún otro escrito canónico o apócrifo, suscitando serios problemas sobre la historicidad del trágico incidente. Los conocidos popularmente como «santos inocentes» aparecen en el material propio de los relatos de la infancia de Mateo, dentro de la narración de los magos de Oriente, en el contexto más amplio del nacimiento de Jesús, el Mesías. Al ser avisados los magos en un sueño (2,12) para que no volvieran a ver a Herodes después de adorar al niño Jesús, tal como les había indicado, el rey, sintiéndose engañado, ordena la matanza de los recién nacidos de los alrededores de Belén. Hasta aquí lo que sabemos por el relato evangélico.

Cuando el viajero o peregrino busca las huellas de las narraciones evangélicas encuentra la conmemoración de este episodio en el actual pueblecito de Ain Karem, a unos 6 km de Jerusalén. Apartándose un poco del centro de la actual población, dominando el pueblo desde la altura, se alza la basílica de la Visitación. El edificio consta de dos partes bien diferenciadas; en la superior se hace memoria de la visita de María a su prima Isabel, en la inferior el viajero puede entrar en una minúscula gruta que hace presente a los inocentes, masacrados por la orden de Herodes. Según la piadosa tradición de la zona, santa Isabel logró esconder al recién nacido Juan Bautista de los esbirros de Herodes, ocultándole tras una piedra, a la vista de los que allí se acercan. Si este episodio nos es desconocido por las fuentes históricas, no lo es sin embargo la crueldad despiadada de Herodes el Grande con quienes consideraba rivales, llegando incluso a dar la orden de asesinar a su propia esposa Mariamme y los hijos tenidos de ella, Aristóbulo y Alejandro. Herodes es, en el gran relato evangélico, el arquetipo de todos los sanguinarios que no dudan en sacrificar a los indefensos, de ahí el sobrenombre que la tradición les ha dado, por antonomasia, de «inocentes».

El relato en sí debemos leerlo en el contexto de los conocidos como evangelios de la infancia, partiendo de sus características literarias y teológicas peculiares. Mateo se sirve de recursos literarios propios de la literatura judía, probablemente semejantes al conocido como *midrash haggadico* que consiste en reflexionar o comentar teológica o espiritualmente un texto de la Escritura desarrollando un relato. Cinco de los seis relatos de Mt 1-2 están contruidos sobre citas del Antiguo Testamento; concretamente el que nos ocupa Mt 2,16-18, tiene como fondo el texto de Jer 31,15. La diferencia entre Mateo

y los escritores judíos es que para estos el intérprete de la Escritura es la Torá misma (la Torá se explica con la Torá) mientras que para Mateo el verdadero intérprete de la Escritura es Cristo: en Jesús se cumplen las Escrituras. Esta es la lectura mateana que recorrerá todo su evangelio.

Sirviéndose de esta peculiar forma de leer los textos sagrados -bien conocida entre los escribas judíos-, Mateo intenta responder a las dos preguntas que en su cultura definían a una persona: ¿quiénes son los ascendientes de Jesús?, ¿dónde nació? Así, el primer capítulo respondería a este primer interrogante, mientras que el segundo haría lo mismo con el segundo. Mateo quiere presentarnos a Jesús como el enviado de Dios

a su pueblo. **De esta forma podemos establecer ciertamente un paralelismo entre los relatos de los primeros años de Moisés -elegido de Dios para salvar a Israel- y los de Jesús, Hijo de Dios en el que toma carne el verdadero Israel.** Leyendo el primer capítulo del Éxodo nos encontramos con que el faraón manda dar muerte a los varones recién nacidos de los hebreos (Éx 1,15-16); dos capítulos más adelante descubrimos a un joven Moisés que debe huir porque el faraón trata de acabar con él (2,14-15) y cómo el enviado de Dios regresa a Egipto cuando han muerto los que querían matarle (Éx 4,19). Por su parte, en la presentación mateana del Mesías, Jesús es condenado a muerte por Herodes, nuevo faraón. **Los santos inocentes son, consecuentemente, las víctimas de la persecución que iba destinada al Mesías de Dios.** Igualmente, la huida de la sagrada familia a Egipto evoca el viaje de los hijos de Jacob; desde allí, Jesús, nuevo y verdadero Israel, iniciará su nuevo y definitivo éxodo, tal como afirma Os 11,1.

Jesús, enviado de Dios, sufre la persecución de Herodes, déspota cruel que no duda en sacrificar la vida de inocentes. En los inocentes de Belén vemos una realidad que siglo tras siglo, década tras década, empaña la historia de la humanidad y se torna en rostros concretos, independientemente de las razas o religiones. **La matanza de inocentes es una realidad que no podemos negar,** de la misma forma que cada época ve surgir un nuevo faraón-Herodes que hace de la vida humana un objeto de trabajo, de libre uso o de placer, sobre el que decide según su conveniencia. Los santos inocentes están vivos hoy y siguen mostrándonos sus rostros perseguidos.

Su conmemoración litúrgica aparece unida en la segunda mitad del s. IV a la celebración del nacimiento del Señor en homilias sobre la natividad, pero en Occidente su fiesta también se asocia a la de la epifanía cuando esta se relaciona con la adoración de los magos, como ocurre en África o Roma, y se fijó su fiesta en el 28 de diciembre; en el rito mozárabe, en el 8 de enero.

Texto de P. J. Fraile Yécora

